

TERCER VIAJE.

ALONSO DE OJEDA.

(1509)

CAPITULO PRIMERO.

Ojeda suplica que se le dé un mando.—Es su rival Diego Nicuesa.—Sus progresos.

Por algunos años despues de su ruinoso, s bien triunfante proceso, perdemos completamente de vista á Ojeda; solo sabemos que hizo otro viaje á las inmediaciones de Coquibacoa en 1505. No ha quedado relacion alguna de dicha expedicion, que segun parece, tuvo tan mal éxito como la precedente; pues hallamos á nuestro héroe por los años de 1508 en la Española, tan pobre de bolsillo, como petulante y orgulloso. El hecho es, que aun cuando la fortuna le favoreciese, era de suyo descuidado y derrochador, y siempre estaba pobre.

Las relaciones dadas por Colon sobre la riqueza de las minas de oro de Veragua, excitaron en sumo grado la avaricia del rey Fernando. El Almirante creia haber encontrado el Aura Chersonesus de los antiguos, de donde el rey Salomon estrajo el oro, para la fabricacion del templo de Jerusalém. Varios viajeros corroboraron esta opinion alabando la riqueza de Costa-Firme en tales términos, que el rey Fernando resolvió establecer varias colonias á la largo de la costa, y colocar al frente un comandante de capacidad. Colon habia concebido un proyecto semejante, cuando descubrió aquella region durante su último viaje, y el lector recordará los desastres que sufrieron él y su hermano don Bartolomé, tratando de fundar una colonia en las hostiles playas de Veragua. Muerto el Almirante, la persona á quien debió considerarse mas á propósito para el caso, fue su hermano don Bartolomé; pero el cauto é interesado monarca sabia que el adelantado era tan exigente en sus condiciones como su hermano, y prefirió llevar á cabo sus fines con agentes menos costosos. No queria tampoco dar realce ni fomentar los intereses de una familia, cuyas pretensiones, aunque justas, inquietaban. Entre los infinitos aventureros formados en la escuela de Colon, buscaba uno que estuviera pronto á servirle con mas economia. Alonso de Ojeda era el que sus amigos consideraban mas á propósito; porque su carácter belicoso y la intrepidez que revalaban sus hazañas, le habian hecho célebre entre los viajeros.

Creian que si él presentaba esta peticion, seria atendida; pues contaba con un buen amigo en la córte, en la persona del obispo Fonseca. Desgraciadamente estaba Ojeda muy lejos para activar su solicitud, y lo peor era que no tenia dinero. Casualmente residia en Santo Domingo el veterano piloto Juan de la Cosa, el Nestor de los asuntos marítimos (1). Este atrevido

(1) Pedro Mártir, cuyo testimonio es de mucho peso, dice lo siguiente respecto de los conocimientos y habilidad de este excelente marino:

Entre los españoles los que se juzgaron dotados de los conocimientos necesarios para medir la tierra y el mar dibujaron cartas en pergamino concernientes á estas navegaciones; y de todas estas las que mas se estiman son las que sacaron Juan de la Cosa, compañero de Ojeda y otro piloto llamado Andrés Morales, tanto por la grande experiencia que ambos tenian (pues aquellos parajes les eran tan fa-

vizcaino habia navegado con Ojeda, y estimaba en mucho el valor y los talentos del jóven aventurero. Habia ganado tambien algun caudal en sus navegaciones, y á la sazón con la franca generosidad de un marino, le ofreció ayudarle en el buen éxito de sus negocios.

Con gran placer aceptó Ojeda sus ofrecimientos, y convinieron en que Juan de la Cosa saldria para España, á fin de lograr que se concediese á su amigo el mando de Costa-Firme; en tal caso, con sus propios fondos armaria los buques necesarios. Juan de la Cosa salió en efecto, con su embajada para España, y fue á ver al obispo Fonseca, quien como se esparaba, apoyó con calor las miras de su favorito, recomendándole al ambicioso y fanático rey, como el hombre mas á propósito para extender su imperio en aquellos rudos países, y propagar la Religion Cristiana entre los salvajes.

La recomendacion del obispo surtia siempre buen efecto en todos los negocios concernientes al Nuevo-Mundo, y la opinion del veterano la Cosa era de gran peso hasta para el soberano; pero se le habia presentado á Ojeda un rival, que ofrecia la ventaja de tener mayores recomendaciones y mas dinero. Este era Diego de Nicuesa, cortesano de noble cuna, que habia sido maestro sala de don Enrique Enriquez, tio del rey. Naturaleza, educacion, costumbres, todo se combinaba en Nicuesa, para un temible competidor de Ojeda. Ambos eran de poca estatura, pero notables por la simetria é igualdad de sus formas, la fuerza de sus músculos y la actividad de sus espíritus, los dos eran maestros en el manejo de todas las armas, y muy diestros, no solo en suertes de agilidad, sino en los graciosos y caballerescos ejercicios, que los hidalgos españoles de aquellos tiempos habian heredado de los árabes. Nicuesa se habia hecho notable por su vigor y destreza en las justas al estilo de los moros. Ni el mismo Ojeda le sobrepujaba en el arte de la equitacion, y se decia que tenia una yegua favorita, á la que hacia saltar y caracolear en cadencia al sonido de una viola. Además, estaba muy versado en la lectura de las baladas ó romances de su país, y tocaba perfectamente la guitarra. Tales eran las condiciones de este candidato para el mando de aquellos países salvajes, segun lo manifiesta el reberendo obispo las Casas. Es probable que él pondria en evidencia otras cualidades mas á propósito para desempeñar el puesto que deseaba; puesto que habia sido uno de los que acompañaron al último gobernador Ovando á la Española, formando parte de su séquito militar.

Colocados en una balanza los méritos de Ojeda y Nicuesa, era muy difícil decidir entre ambos; por cuanto el rey Fernando evitó el dilema, favoreciéndolos á los dos, no suministrándoles buques ni dinero, sino despachos y dignidades á manos llenas; que no contaban nada y podian producir mucho. Dividió la parte del continente, situada á lo largo del istmo de

miliares como los aposentos de sus casas) como por estar ambos reputados por los mas hábiles en esa parte de la cosmografía que enseña á describir y medir los mares.

(Pedro Martir, dec. II, c. x.)

Darien en dos provincias, cuya linea de demarcacion atravesaba el golfo de Uraba. La parte del Este, que se extiende hasta el cabo de la Vela, se llamó Nueva-Andalucía, y su gobierno fue conferido á Ojeda: el de la de Poniente, incluso Veragua y subiendo hasta el cabo de Gracias á Dios, á Nicuesa. La isla de Jamaica se concedió á los dos en comun, como punto de donde podian abastecerse. Cada uno de los gobernadores se comprometia á levantar dos fortalezas en su distrito, y por espacio de diez años disfrutaba de los productos de las minas que descubriese, pagando á la corona una décima parte el primer año, la novena el segundo, la octava el tercero, la sétima el cuarto y la quinta los años restantes.

Juan de la Cosa, que habia sido un agente infatigable de Ojeda, fue nombrado su teniente gobernador, con el empleo de alguacil mayor de la provincia. Inmediatamente fletó un barco y dos bergantines, en los que embarcó doscientos hombres. El armamento no era á la verdad considerable, porque la bolsa del honrado marino no se hallaba muy llena, y la de Ojeda estaba completamente vacía. Nicuesa, por el contrario, abundando en recursos, armó cuatro bajeles y dos bergantines, provistos de copiosos víveres y utensilios necesarios para el establecimiento de la colonia y las contingencias del viaje: alistó mucha gente, y se dió á la vela lleno de satisfaccion y orgullo, navegando hácia las doradas costas de Veragua, el Aura Chersonesus de su imaginacion.

CAPITULO II.

Disputa entre los gobernadores rivales Ojeda y Nicuesa.—Duelo.

Las dos armadas rivales llegaron á Santo Domingo al mismo tiempo. Nicuesa habia experimentado en el camino un agradable golpe de fortuna. Tocando en Santa Cruz, una de las caribes, tuvo la oportunidad de hacerse con cien indios cautivos que trajo, y vendió como esclavos en la Española. Esto era justificable, aun á los ojos del mas escrupuloso moralista, pues en aquellos tiempos de oscuridad se creia que todos los caribes eran antropófagos.

Alonso de Ojeda, dió con placer la bienvenida á su amigo y futuro teniente Juan de la Cosa; aunque le mortificaba ver la inferioridad de su pequeña flota, comparándola á la de Nicuesa, cuyos magníficos bajeles se mecian magestuosamente en el puerto de Santo Domingo. Estaba además convencido de que sus medios eran escasos para el establecimiento de la proyectada colonia; pero Ojeda no era de los que se apuran por falta de dinero. Como aconteció con todo hombre pródigo, se desprendia indiferente de lo suyo, pero vaciaba tambien del mismo modo el bolsillo de sus compañeros. Entre la poblacion mixta de Santo Domingo se contaba un abogado de fama, llamado el bachiller Martin Fernandez de Enciso, que habia ganado dos mil castellanos entre sus clientes (1), porque le mania de pleitear fue uno de los primeros frutos que llevó la civilizacion á América, sobresaliendo en esto los colonos españoles.

Alonso de Ojeda trabó grande amistad con este bachiller, y convencido de su carácter inquieto y especulador, logró que se disgustase de su seria, pero segura y provechosa profesion, imbuéndole su aficion á las aventuras. Deslumbróle, sobre todo, con la oferta de hacerle alcalde mayor de la provincia donde iba á establecer su gobierno.

En mal hora cayó el bachiller en semejante tentacion, y convino en poner todo su dinero en la arriesgada empresa. Se decidió que Ojeda saldria con la escuadrilla que acababa de llegar de España, mientras el bachiller Enciso permaneceria en la Española reclu-

(1) Unos 10,630 duros de la moneda actual.

tando gente y acopiando víveres con los cuales se embarcaria en un buque que comprara é iria á reunirse con su orgulloso amigo en el sitio donde se pensaba fundar la colonia. Dos gobernadores rivales, como Ojeda y Nicuesa, de espíritu altanero y actividad sin igual, no podian permanecer mucho tiempo en un recinto tan reducido como Santo Domingo sin que entre ellos se suscitase alguna controversia. La Jamaica, cuyo gobierno se les habia asignado á los dos en comun, fue el primer móvil del rompimiento, y la provincia de Darien, que ambos trataban de incluir en los límites de su jurisdiccion, fue el segundo. Sus disputas sobre el particular, se acalararon hasta hacer que el país se enterase de ellas. Nicuesa poseia el don de la palabra: educado en la córte, era político, sagaz, ceremonioso, y sabia dominarse; dejó por lo tanto, perplejo á su rival con sus argumentos. Faltábale á Ojeda instruccion, pero sabia manejar muy bien la espada; y hallábase dispuesto siempre á zanjar con ella cualquiera cuestion de derecho ó dignidad, que no alcanzase á zanjar con la lengua; de consiguiente, propuso dar cima á la disputa con un duelo. Nicuesa, aunque tan valiente como él, tenia mas mundo, y conoció la locura de semejante medida. Se burló en sus adentros del calor de su antagonista, y propuso, como preliminar del duelo y para que la contienda tuviese algun valor, que cada uno depositase cinco mil castellanos, que seria el premio de la victoria. Sucedió lo que habia previsto: la proposicion fue un golpe inesperado para su orgulloso rival, que no poseia una blanca, pero que era demasado vano para confesarlo.

Ojeda, con la impetuosidad de su carácter, no hubiera podido contenerse largo tiempo; mas el discreto Juan de la Cosa hizo lo posible por calmarle. Es interesante dar á conocer el grande ascendiente que tenia este veterano marino sobre su indómito compañero. Juan de la Cosa era hombre de excelente criterio; sus luces naturales habian avivado mas con una larga y costosa experiencia; su valor era innegable, aunque templado por la edad y los padecimientos inherentes á su agitada vida. Estuvo siempre unido á Ojeda con particular interés; pues, como hombre práctico que habia pasado por todos los temerarios arranques de la juventud, sabia apreciar las indomables cualidades de su jóven compañero. Mientras acompañó á Ojeda, fue su mentor; y no le abandonó jamás cuando arreciaba el peligro.

En la ocasion de que se trata, la mediacion del viejo marino produjo efectos muy saludables: evitó el duelo pendiente entre los dos gobernadores, y los persuadió á conformarse con que el rio Darien fuese la linea divisoria de sus respectivas jurisdicciones.

La disputa relativa á la Jamaica, se encargó de zanjarla el Almirante don Diego Colon, resentido como se hallaba por la distribucion que el rey habia hecho de aquellos gobiernos, sin su anuencia ni conocimiento; cosa contraria á los privilegios que habia heredado de su padre. En vano era disputar sobre un asunto que no podia remediarse; pero, por lo tocante á Jamaica, que en cierto modo estaba sitiada á las puertas de su gobierno, no le fue posible considerarla como donacion hecha á aquellos dos turbulentos gobernadores; y sin esperar el incierto y pesado curso de una representacion hecha al monarca, miró el asunto como un derecho adquirido, y ordenó á su valiente oficial Juan de Esquivel, quien habia subyugado la provincia de Higüey, que tomase posesion de la isla con setenta hombres y la conservase bajo su mando.

Ojeda no tuvo conocimiento de este arreglo hasta el momento de embarcarse. Fue tal su cólera, que desafió en alta voz el poder del Almirante, jurando que si llegaba á encontrar á Juan de Esquivel en Jamaica le cortaria la cabeza. Los que le oyeron, conociendo su carácter, no dudaron que pondria en ejecucion

su amenaza; pero, á pesar de todo, Juan de Esquivel, obedeciendo las órdenes que tenía, tomó posesión de la isla indicada.

La escuadra de Nicuesa se detuvo algun tiempo despues de partir la de su rival. Sus maneras atractivas y cortesanias, ayudadas por el rumor de las grandes riquezas de la provincia de Veragua, donde iba á establecer su colonia, le proporcionaron tantos voluntarios, que fue preciso comprar otro buque para transportarlos.

Nicuesa tenía mas de cortesano y caballero que de hombre de negocios, y no sabía manejar sus intereses. Había gastado sus fondos con mano franca, hallándose envuelto en deudas que no podía pagar inmediatamente. Muchos de sus acreedores conocían que esta expedición era mal mirada por el Almirante don Diego Colon; y para captarse la benevolencia de este último, pusieron todos los obstáculos posibles al viaje de Nicuesa: apenas había satisfecho á un acreedor, cuando se le presentaba otro nuevo. Sin embargo, pudo embarcar toda su gente. Tenía setecientos hombres bien escogidos y bien armados y seis caballos. Nombró á Lope de Olanó su capitán general, nombramiento impolítico, porque este Olanó había sido de los que se reunieron al célebre Roldán, cuando se reveló contra Colon. La escuadra zarpó de Santo Domingo, saliendo todos al mar, menos un buque que esperaba á Nicuesa en franquía, mientras se desenredaba de los obstáculos que artificiosamente se iban multiplicando á su derredor.

En el momento en que ponía el pié en su bote, fue arrestado por los agentes de la ley, y llevado ante el alcalde mayor, para responder á una demanda de quinientos ducados; ordenándole que los pagase al contado, ó se preparase á ir á la cárcel.

Torrible golpe fue este para el desgraciado caballero. En vano representó, que no le era posible pagar en aquel momento; en vano espuso que se le arruinaba, retrasándose además el servicio público con no dejarle marchar á reunirse con su expedición. El alcalde mayor permaneció inflexible, á pesar de ver á Nicuesa desesperado. Pero de donde menos se esperaba, vino el auxilio en tan solemnes instantes. ¡El corazón de un escribano público se ablandó ante tal desgracia! Presentóse en la sala y declaró, que por no contemplar á un caballero tan completo reducido á tal estado, él pagaría la deuda. Nicuesa le miró sorprendido, creyendo apenas lo que le pasaba; luego que el escribano aprontó el dinero y él se halló repentinamente libre del embarazo en que estaba, abrazó á su libertador con lágrimas de gratitud, y se apresuró á embarcarse para no dar lugar á que se presentase otro pedimento contra su persona.

CAPITULO III.

Proezas y desastres de Ojeda en la costa de Cartagena.— Muerte del veterano Juan de la Cosa.

En el mes de noviembre de 1509, salió Ojeda de Santo Domingo con dos bajeles, dos bergantines y trescientos hombres, llevando tambien consigo doce yeguas de vientre. Entre los mas notables aventureros que se embarcaron con él, se cuenta á Francisco Pizarro (1), tan nombrado despues por su conquista

(1) Francisco Pizarro era natural de Trujillo en Estremadura, fruto ilegítimo de los amores de Gonzalo Pizarro, antiguo capitán de infantería, con una jóven de humilde linaje. Pasó su juventud en las ocupaciones consiguientes á la pobre situación de su madre, y aun se dice que tuvo por ocupación guardar cerdos. Cuando tuvo la estatura y edad suficientes, sentó plaza de soldado. Probablemente haría su primera campaña contra los moros de Granada; es lo cierto que sirvió en Italia con el gran capitán Gonzalo de Córdoba, hasta que su ánimo inquieto y emprendedor le impulsó á unirse á los aventureros del Nuevo-Mundo. Tenía un valor feróz y

del Perú. Hernán Cortés quiso tambien salir con aquella expedición; pero no pudo realizarlo, por tener una rodilla inflamada.

El viaje fue pronto y feliz, llegando á fines de otoño al puerto de Cartajena, que era muy conocido del veterano Juan de la Cosa, porque navegaba con Rodrigo de Bastides en calidad de piloto, cuando fue descubierto en 1501. Advirtió á Alonso de Ojeda que estuviese alerta, pues los naturales eran hombres valientes, de raza caribe, muy distantes de parecerse á los sencillos y amables habitantes de las islas; le dijo que usaban grandes espadas de palo de palmera, y se defendían con escudos de mimbres empapando las puntas de sus flechas en un veneno muy sutil. Las mujeres se batían lo mismo que los hombres, mezclándose con ellos en la refriega, siendo muy diestras en disparar el arco y arrojar una especie de lanza, llamada azagaya. La advertencia era oportuna, porque los indios estaban sumamente irritados con los robos que les habían hecho sufrir otros aventureros llegados á aquellas costas con antelación, y desde que divisaron las embarcaciones corrieron á tomar las armas.

Juan de la Cosa, tembló por la seguridad de una empresa en que estaba comprometida su persona, su fortuna y su dignidad. Apresuróse, pues, á aconsejar á Ojeda que abandonase aquella peligrosa vecindad y escogiese para fundar su establecimiento el golfo de Uraba, donde el pueblo era menos feróz y no envenenaba sus flechas. Pero Ojeda era demasiado orgulloso para que el temor de unos enemigos desnudos alterase sus planes; además de que le convenían las escaramuzas, pues de ellas sacaba pretextos para hacer esclavos y mandarlos á la Española en pago de las deudas que había dejado sin liquidar (2). Por tanto desembarcó con la mayor parte de sus fuerzas, y unos cuantos frailes que habían ido á la conversión de infieles. Su leal teniente, no pudiendo separarle del peligro, permaneció á su lado para prestarle ayuda.

Ojeda se adelantó hácia los salvajes, y ordenó á los frailes que leyesen en alta voz cierta fórmula que había sido últimamente redactada en España por profundos juristas y teólogos, que decía así: «Yo, Alonso de Ojeda, criado de los muy altos y muy poderosos soberanos de Castilla y de Leon, conquistadores de bárbaros, su mensajero y capitán, os notifico y hago saber del mejor modo posible, que Dios Nuestro Señor, único y eterno, ha creado cielo y tierra, y del primer hombre y primera mujer, de los cuales vosotros y nosotros descendemos, como tambien todos los habitantes de la tierra nacidos y por nacer, etc.» La fórmula seguía explicando los principios fundamentales de la fe católica; el supremo poder, conferido á San Pedro sobre toda la especie humana; la donación hecha por el papa de toda aquella parte del mundo y de sus habitantes á los soberanos de Castilla, dando á entender á los salvajes que la mayoría de sus compatriotas se habían ya sometido á los representantes de estos soberanos; é intimando á cuantos se hallaban presentes que obrasen del mismo modo, que se instruyesen en las verdades de la doctrina cristiana, que reconociesen la supremacía del papa y la soberanía del rey católico; y amenazándoles sino con todos los horrores de la guerra, la destrucción de sus hogares, el saqueo de sus propiedades y la esclavitud de sus mujeres é hijos. Tal era el extraordinario documento, que en aquellos atrasados tiempos se leía por los españoles descubridores, á los maravillosos salvajes de cualquier país nuevamente descubierto, como preludio para

era tan obstinado en sus empresas que no retrocedía jamás ni ante el peligro ni ante los trabajos, ni ante los desengaños repetidos. Despues de haber conquistado el gran reino del Perú fue asesinado en 1541. Era ya de edad avanzada, pero se defendió valientemente hasta lo último.

(2) Las Casas, Hist. Ind. I, II, c. 57, MS.

santificar las violencias de que iban á ser víctimas (1).

Despues de haber leído los frailes tan piadoso manifiesto, Ojeda hizo á los indios señales de paz y amistad, enseñándoles relucientes regalos para atraerlos. Habían ya sufrido mucho por las crueldades de los blancos, para dejarse engañar con sus alhagos. Al contrario, blandieron sus armas, sonaron sus caracoles de guerra y se prepararon al combate. Juan de la Cosa conoció que Ojeda había montado en cólera y ansiaba venir á las manos. Volvió, no obstante, á instarle para que abandonase aquellas hostiles playas, recordándole el peligro de las armas envenenadas de sus enemigos. Todo fue en vano: Ojeda confió ciegamente en la protección de la Virgen. Hizo como siempre una corta oración á su patrona, desenvainó su espada, embrazó su escudo, y cargó furiosamente sobre los salvajes. Juan de la Cosa le siguió con tanto denuedo, como si la batalla hubiere sido deseada por él. Bien pronto fueron arrollados los indios: muchos murieron y algunos cayeron prisioneros. Sobre sus cuerpos se encontraron bastantes planchas de oro, aunque de inferior calidad. Engreído Ojeda con este triunfo, tomó por guías algunos prisioneros y se internó, sin escuchar los consejos de su leal teniente la Cosa, quien no le abandonaba nunca.

Una vez en medio del bosque, llegaron donde estaba el grueso del enemigo, cuya numerosa fuerza aguardaba preparada para recibirlos, armados de clavos, lanzas, flechas y escudos. Ojeda dió una carga con el grito de guerra que acostumbraban los castellanos. «¡Santiago! á ellos.» Los salvajes se dispersaron en todas direcciones: solo ocho de los mas valientes se guarecieron en una choza, manejando con tal destreza sus armas, que los españoles no se atrevían á acercarse. Ojeda gritó á los suyos, diciéndoles sino tenían vergüenza de dejarse vencer por ocho hombres desnudos. Herido de esta inyectiva, un viejo soldado castellano pasó entre una multitud de flechas, y violentó la puerta de la cabaña; pero atravesándole un dardo del corazón, quedó muerto en el acto. Furioso Ojeda, mandó prender fuego á la choza, que quedó en pocos minutos reducida á pavesas, pereciendo los ocho guerreros en las llamas.

Hiciéronse setenta cautivos; los mandaron á los buques; y Ojeda, desoyendo siempre las amonestaciones de Juan de la Cosa, continuó su encarnizada persecución al través de los bosques. Ya oscurecía, cuando llegaron á un pueblecito llamado Yurbaco, cuyos habitantes se habían refugiado al monte con sus mujeres y efectos de valor: creyendo los españoles que los indios estaban completamente aterrizados y dispersos, se diseminaron en busca de botín por las casas desiertas que estaban esparcidas acá y allá, á bastante distancia unas de otras entre los árboles. Mientras andaban así separados, se echó sobre ellos una nube de salvajes, que salían en todas direcciones, ahullando furiosamente. Los españoles trataron de reunirse para protegerse mutuamente; pero cada pequeña fracción estaba rodeada de innumerables enemigos. Se defendieron con desesperado valor, mas por esta vez ni su esfuerzo, ni su armadura de hierro les sirvió de nada; fueron confundidos por el número, sucumbiendo bajo las clavos y las agudas flechas envenenadas.

Ojeda, en el primer momento de alarma, pudo reunir algunos soldados y atrincherarse en una empalizada. Allí fue estrechamente sitiado y acosado por nubes de flechas. Echóse al suelo de rodillas, cubriéndose con el escudo; como era pequeño y ágil, pudo manejarse y defenderse de aquella mortífera lluvia; pero todos sus compañeros fueron muertos

(1) En el apéndice verá el lector este curioso documento.

á su derredor, pereciendo la mayor parte entre horribas convulsiones. En este crítico momento se presentó la Cosa seguido de algunos compañeros que acudían á socorrer á su comandante.

El valiente vizcaino se estacionó en la puerta de la empalizada, haciendo retroceder á los salvajes, mientras que casi todos los suyos perecían, y él mismo recibía mortales heridas. Entonces Ojeda, arrojándose como un tigre en medio de los combatientes, repartió la muerte por todas partes. La Cosa hubiera querido seguirle, pero estaba acribillado de heridas, y se refugió con el resto de su gente en una cabaña, cuyo techo de estera arrancaron para que no la prendiesen fuego. Allí se defendió hasta que todos sus compañeros, menos uno, perecieron. El veneno sutil de sus heridas había comenzado á obrar, y cayó al fin exánime. Conociendo que iba á morir, llamó al único de sus compañeros que sobrevivía, y le dijo: «Hermano, ya que Dios os ha protegido hasta hora conservándoos sin lesión, salid y corred; y si alguna vez veis á Alonso de Ojeda, contadle mi muerte.»

De este modo sucumbió el esforzado Juan de la Cosa, llevando su fidelidad y abnegación hasta el último momento; por lo que no podemos menos de pagar un tributo pasajero á su memoria. Sus contemporáneos le consideraban como uno de los mas hábiles y valientes navegantes españoles, que se arrojaron al descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero su memoria nos es mucho mas grata por las nobles cualidades de su corazón, sobre todo por su desinteresada amistad y la lealtad de alma que desplegó en esta última y fatal expedición. Estimulado por el cariño que profesaba á Ojeda, y aunque conocía su exaltación por las aventuras, se vió siempre á este veterano de los mares olvidar su habitual prudencia y las lecciones que debía á su práctica, y seguir ciegamente las locas empresas de su amigo, prodigándole su persona y bolsillo sin el menor interés. Le hemos visto vigilarle ahora con el cariño de un padre, reconvenirle luego como prudente consejero; y despues pelear á su lado con todo el calor de un celoso partidario. Al morir, no manifestó otro deseo que el de que le recordasen su muerte á aquel por quien la recibía.

La historia de los descubrimientos hechos por los españoles, abunda en nobles y generosos rasgos de carácter; pero pocos nos han interesado tanto como este ejemplo de lealtad, sostenido hasta el último suspiro, en la muerte de Juan de la Cosa. El español que logró escapar para contar la historia de su fin, fue el único que quedó de setenta que siguieron á Ojeda en aquella temeraria y precipitada correría.

CAPITULO IV.

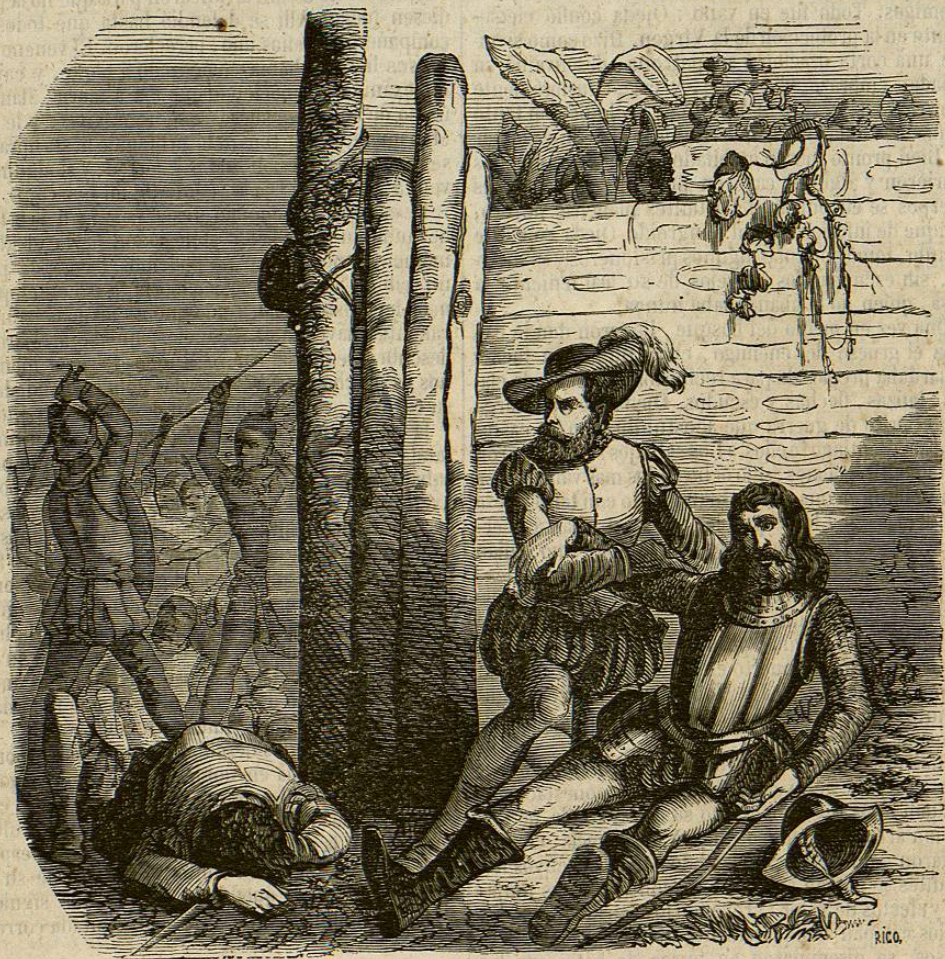
Llegada de Nicuesa.—Venganza que tomó de los indios.

MIENTRAS ocurrían todos estos desastres en tierra, la alarma cundía en los buques. Habían pasado muchos días desde la marcha inconsiderada de su gefe, y no se sabía una palabra de lo ocurrido, ni nadie se presentaba. La muerte había extendido su fúnebre manto sobre el bosque: todo yacía en un silencio sepulcral. Algunos que mas atrevidos que los otros se internaban unas cuantas varas, volvían aterrados por los ahullidos y gritos de los salvajes, y el espantoso rumor de sus caracoles y tambores. Pequeños destacamentos armados recorrían la costa en los botes, examinando todas las rocas y promontorios, disparando de tiempo en tiempo los arcabuces por ver si acudían á esta señal sus compañeros. Tambien hacían resonar en los bosques el sonido de las trompetas... ¡todo en vano! Nadie sino el eco de sus señales, ó la gritería de los salvajes desde el fondo de sus bosques respondían al llamamiento. Por último, cuando ya estaban cansados de buscar, y desesperados iban á desistir de su empresa, llegaron á un sitio donde había

un bosque de mangles en la misma orilla del mar. Estos árboles crecen dentro del agua, pero las raíces suben y se entrelazan en la superficie. En esta enmarañada é impenetrable arboleda, vislumbraron una como sombra, vestida á la española. Entraron, y quedaron asombrados al reconocer á Alonso de Ojeda. Yacia sobre las enredadas raíces de los mangles con el escudo al hombro y la espada en la mano; pero tan debilitado por el hambre, el cansancio y la fatiga, que no podía articular una palabra. Le tras-

portaron á la playa; encendieron lumbre á fin de calentarle, porque estaba entumecido por el frío y la humedad de su escondite: luego que empezó á reanimarse, le dieron alimento y un poco de vino; de este modo pudo ir cobrando gradualmente fuerzas para contar su triste historia (1).

Con gran dificultad habia conseguido abrirse camino por entre las huestes salvajes y llegar á unos bosques á la falda de los montes; pero cuando se vió solo, pensó morir de desesperacion al considerar que



Muerte de Juan de la Cosa.

todos sus valientes compañeros habian sido destrozados. Se echó en rostro amargamente el no haber escuchado las amonestaciones del veterano la Cosa, y deploró con el mas profundo dolor la pérdida de este leal amigo, víctima de su abnegacion. No sabia qué camino llevaba, ni por donde salir; pero continuó marchando en la oscuridad de la noche por entre malezas, hasta que dejó de percibir los ahullidos de triunfo con que los salvajes celebraban su victoria.

Al amanecer se refugió en la parte mas agreste del monte, donde permaneció oculto hasta la noche; entonces se adelantó, luchando con los precipicios, las rocas y la espesura, y llegó por fin á la orilla del mar, permaneciendo allí por sentirse demasiado débil para llegar hasta los buques. Era verdaderamente maravilloso el que un hombre de tan poca consistencia, hubiese podido sufrir trabajos tan terribles; pero su intrepidez y fortaleza de espíritu lo compensaban to-

do. Sus compañeros consideraron poco menos que milagroso el que escapase con vida, y Ojeda lo consideró como otra prueba de la especial proteccion de la Virgen; pues aunque como en otras muchas ocasiones habia salido ileso, sin embargo de que el escudo tenia las señales de mas de trescientos flechazos.

(1) La descripcion que aqui hace Las Casas, es tan novelésca que el autor no puede menos de citarlo por extenso. Llegaron á donde habia unos manglares, que son árboles que siempre nacen y crecen y permanecen dentro del agua de la mar, con grandes raíces, asidas, enmarañadas unas con otras, y allí metido y escondido hallaron á Alonso de Ojeda, con su espada en la mano y la rodela en las espaldas, y en ella sobre trescientas señales de flechazos. Estuvo descaído de hambre, que no podía hechar de sí la habla, y sino fuera tan robusto, aunque chico de cuerpo, fuera muerto.

Las Casas, l. II, c. 38. Herrera, Hist. Ind. d. 1, l. VII, c. XV.

Todavía estaban los españoles en la playa administrando socorros á su gefe, cuando avistaron una escuadra que se dirigia al puerto de Cartajena, conociendo al instante que era la flota de Nicuesa. Ojeda al verlos se afectó de tal modo, que casi perdió el uso de la razon, recordando su descompuesta conducta é intempestivo desafio con aquel caballero, y reflexionando que si le buscaba como enemigo no estaba en situacion de poderle hacer frente, ni aun de defenderse. Ordenó, pues, á su gente que se volviesen á bordo y le dejasen solo en la playa, sin revelar á nadie el lugar donde se hallaba oculto, hasta que Nicuesa dejase aquellos sitios.

Así que la escuadra hubo entrado en el puerto, salieron á encontrarle las lanchas. La primera pregunta de Nicuesa fue informase de la suerte de Ojeda. Los compañeros de este le respondieron llenos del mas profundo dolor, que su comandante habia ido á un reconocimiento en lo interior del país, y hacia dias que nada sabian de él; por lo cual temian que alguna grave desgracia le habia ocurrido. Suplicaron á Nicuesa que les asegurase, bajo su palabra de honor, que no molestaria á Ojeda, si realmente habia sucedido lo que temian, ni aprovecharia la ventaja que le proporcionaban sus desgracias, para vengarse de sus pasadas disputas.

Nicuesa, que era todo un caballero, de alma noble y generosa, se irritó sobre manera al oír semejante suplica. «Buscad á vuestro comandante inmediatamente;» les dijo, «traédmelo si vive; que yo empeño mi palabra, no solo de olvidar lo pasado, sino de ayudarle como á un hermano (1).»

Así que se avistaron, Nicuesa abrió los brazos para recibir á su antiguo enemigo. «No es de caballeros como nosotros, dijo, sino de almas bajas, el recordar pasadas desavenencias cuando nos necesitamos el uno al otro. Todo lo que ha habido entre nosotros, debe olvidarse. Disponed de mí como si fuera vuestro hermano, que yo y mi gente estamos á vuestras órdenes, para seguirsos donde queráis, hasta que la muerte de Juan de la Cosa y demás compañeros quede vengada.»

Ojeda se reanimó oyendo tan noble y generosa oferta. Los dos gobernadores, que ya no eran rivales desembarcaron con cuatrocientos hombres y algunos caballos, dirigiéndose á toda prisa á la poblacion fatal. Llegaron de noche; se dividieron en dos cuerpos, y mandaron que no se diese cuartel á nadie. La poblacion se hallaba sumergida en el mas profundo sueño; pero el bosque se hallaba lleno de loros de gran magnitud, que se despertaron asustados y armaron un clamoreo infernal. Como los indios creian haber destruido completamente á los españoles, no se cuidaron de tan extraordinario ruido; la alarma principió cuando vieron sus casas envueltas en las llamas. Precipitáronse entonces; y salieron, unos armados y otros sin armas; pero recibíanlos en la puerta los exasperados españoles, que los mataban en el acto, ó los hacian retroceder para que se abrasasen. Las mujeres, llevando en brazos á sus hijos, se arrojaban fuera de sus chozas con una salvaje desesperacion; mas viendo á los españoles relumbrantes de acero y á los caballos, los suponian monstruos del otro mundo, y corrian exhalando gritos de horror á sepultarse entre las llamas. La carnicería fue espantosa, porque no se perdonó ni edad, ni sexo, perreiciendo muchos en las llamas y otros al filo de la espada.

Luego que los españoles saciaron bien su sed de venganza, se ocuparon del saqueo. Mientras estaban en esta ocupacion, se halló el cuerpo del infortunado Juan de la Cosa atado á un árbol, y tan hinchado y descolorido por efecto del veneno, que daba horror mirarle. Este triste espectáculo pro-

dujo tal efecto en los soldados, que ni uno siquiera quiso pasar la noche en aquel sitio. Despues de saquear la poblacion, no quedando de ella mas que humeantes ruinas, se retiraron triunfantes á sus naves. Los despojos en oro y otros artículos de valor, debieron ser muy grandes, porque la parte de Nicuesa y su gente subió á siete mil castellanos (2). Los dos gobernadores se separaron con las mejores muestras de amistad, permaneciendo desde entonces en la mejor armonía. Nicuesa continuó su viaje hácia la costa de Veragua.

CAPITULO V.

Ojeda funda la colonia de San Sebastian.—Es sitiada por los indios.

OJEDA adoptó, aunque demasiado tarde, el consejo de su desgraciado teniente Juan de la Cosa, abandonando todo proyecto de colonizacion en aquella desastrosa parte de la costa, y dirigiendo su rumbo al golfo de Uraba. El rio Darien, famoso entre los indios por su abundancia de oro, fue el lugar en que pensó establecer su colonia; pero no dando con él, desembarcó en distintos parajes, á caza de un sitio favorable para establecerse. Todos estaban desalentados con los desastres que habian sufrido; y los objetos que les rodeaban, no eran los mas á propósito para inspirarles seguridad. El país, aunque fértil y cubierto de una abundante y lujosa vegetacion, no producía á sus ojos sino canibales y monstruos. Empezaron á temer la ferocidad y la fuerza de los salvajes, que atravesaban un hombre con sus flechas aunque estuviera cubierto de armadura y cuyos dardos estaban empapados en mortal veneno. Oían los ahullidos de las panteras y tigres, y hasta imaginaban que habia leones en los bosques. Venenosas serpientes se arrastraban entre las rocas y matorrales; y al pasar por las orillas de un rio, un enorme caiman cogió de una pata á un caballo y le arrastró al fondo de las aguas (3).

Ojeda fijó por fin el punto de su residencia, sobre una altura al Este del Golfo. Se condujo allí todo lo que no era absolutamente necesario á bordo, y se trabajó con ardor, construyendo algunos edificios. A la ciudad naciente se dió el nombre de San Sebastian, en honor del Santo mártir, que murió atravesado de flechas; esperando que protegeria á los moradores de las envenenadas saetas de los salvajes. Para mayor seguridad se edificó una ciudadela de madera rodeada con una fuerte empalizada. Conociendo Ojeda que la poca gente que tenia no podia defenderse contra las hostilidades de las tribus que le rodeaban, despachó un buque á la Española con una carta para el bachiller Martir Fernandez de Enciso, su alcalde mayor, informándole del establecimiento de gobierno, y que era muy urgente no perder tiempo, y reunirse lo mas pronto posible con todos los reclutas, armas y provisiones que pudiese recoger. Con el mismo buque remitió á Santo Domingo el oro y los cautivos.

Estando ya su capital en estado de defensa, quiso Ojeda reconocer los terrenos incultos de los alrededores. Con este objeto salió acompañado de un destacamento de gente bien armada, y fué á visitar á un cacique de las cercanías, que tenia fama de poseer gran cantidad de oro. Los naturales, que ya conocian esta clase de visitas amistosas, estaban dispuestos á no aceptar la de Ojeda. Apenas habian los españoles entrado en los desfiladeros del próximo bosque, cuando se vieron asaltados por todas partes de una nube de flechas disparadas desde los mas espesos y profundos matorrales. Algunos quedaron muertos en el acto, otros menos dichosos espiraron entre horribles tor-

(2) Unos 37,281 durós de nuestra actual moneda.
(3) Herrera, Hist. Ind., d. 1, lib. VII, c. XVI.

(1) Las Casas ubi supra.